

TEXTO Y CONTEXTO

NUMERO 5

BOGOTA - COLOMBIA MAYO - AGOSTO 1985



**Identidad
nacional**

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES



Mayo - Agosto / 1985

TEXTO Y CONTEXTO

CONTENIDO

Colaboradores / 3

Editorial / 5

IDENTIDAD NACIONAL

TEXTOS

Roberto Pineda Camacho / Paul Rivet y el americanismo / 7

Roberto Lleras / La prehistoria y la realidad colombiana actual / 21

Ana María Bidegáin de Urán / Bases históricas de la teología y la liberación y atipicidad de la Iglesia colombiana / 35

Ligia Galvis Ortiz. Jaime Giraldo Angel / Derecho y realidad social en Iberoamérica / 69

CONTEXTOS

José Lorite Mena / Cultura: la identidad entre la seguridad y la creatividad / 93

Ignacio Abello / Identidad y dominación / 113

La prehistoria y la realidad colombiana actual

ROBERTO LLERAS

En el tratamiento del tema de la identidad nacional nos encontramos con problemas conceptuales difíciles. Es mucho lo que a nivel teórico podemos decir de la identidad de un grupo social o una nación, pero en la práctica es complicado encontrar las pruebas de su existencia; tanto que en el curso de investigaciones de este tipo se llega con mayor frecuencia a la conclusión de que lo que existe es la no-identidad. Un principio fundamental de este ensayo es que no pretende zanjar esta disputa. Partimos de la comparación de dos realidades, dos momentos históricos; el territorio comprendido dentro de nuestras actuales fronteras tal y como se presentaba a mediados del siglo XVI y la Colombia actual. Para los dos momentos hemos tomado en cuenta tanto los aspectos que constituyen elementos de unidad como aquellos que son factores de diversidad. Si en el proceso hemos llegado a fortalecer o a debilitar la idea de la identidad nacional colombiana es algo que deberán decidir quienes nos leen.

Es ya un lugar común que al tratar el tema de la identidad nacional colombiana se mencione a los grupos indígenas que aún sobreviven en pequeños números a todo lo largo y ancho del país. De un tiempo para acá nos hemos acordado que ellos también forman parte de la nacionalidad, como quiera que la definamos, y nos inclinamos cada vez con mayor frecuencia a mentar nuestras "raíces indígenas". Sin embargo hay en todo ello, más que una aceptación consciente y auténtica, tan sólo una pasajera transacción que nos inunda momentáneamente de nostalgia y sentimiento folclórico pero que no llega a cambiar nuestra forma de pensar en lo básico, y menos aún nuestra forma de vida. Dentro de nuestro país y aún por fuera de él nos sentimos tan occidentales como pudiera serlo un francés o un inglés.

Una actitud así no surge, por supuesto, en forma gratuita, detrás de ella lo que hay es un profundo desconocimiento de hechos y realidades que aún en la oscuridad continúan actuando y moldeando nuestra identidad. Aún quienes defendemos la independencia de las comunidades indígenas actuales y su derecho inalienable a conservar sus normas propias de vida, no podemos, por otro lado, dejar de admitir que dentro del panorama amplio de la vida nacional ellas tienen un peso específico muy bajo y que en rigor no pueden representar en ningún aspecto la identidad nacional. Pero existe otro componente indígena mucho más fuerte que sin lugar a dudas si impregna todo ese conjunto de formas, patrones, normas y rasgos que conforman la identidad; lo indígena prehispánico.

La historia de nuestro territorio puede compararse a un gran iceberg; la parte visible comprende unos quinientos años a partir del descubrimiento; esta es nuestra historia oficial, documentada y repasada diariamente. Bajo la superficie, aún en la oscuridad, está la prehistoria. Si queremos darnos una idea de las dimensiones de esa mole oculta recordemos que las evidencias arqueológicas sitúan al hombre en Suramérica hace unos veinte mil años¹ y que en Colombia su presencia está comprobada desde el doce mil quinientos antes del presente. O sea que la historia prehispánica es entre 25 y 40 veces más larga aún que la historia occidental. Y aún así pretendemos que la realidad actual es el producto casi exclusivo de estos últimos quinientos años, argumentando bien sea que lo anterior quedó muy atrás en el tiempo o que tras la conquista se liquidó radicalmente lo conseguido en los milenios prehistóricos. Pero es dudoso que esto sea así: en la "Ideología Alemana" Marx y Engels expresaron lo que para todos es evidente como persistencia o tradición;

"Los diferentes lazos y los diversos intereses no se superan nunca del todo, sino que sólo se subordinan al interés victorioso y van arrastrándose siglo tras siglo al lado de este..."²

No sólo los intereses y los lazos se arrastran a lo largo de los siglos y generación tras generación; también las costumbres, en el más amplio sentido, los rasgos, los límites y las diferencias se perpetúan más allá de la época para la cual tuvieron vigencia plena. A veces, por fuerza, sufren transformaciones y se expresan en formas diferentes a las ori-

1. De acuerdo a la evidencia del complejo Pacaicassa en Ayacucho, Andes Centrales.

2. En la Introducción a la Discusión de la Ideología Alemana.

ginales y es, precisamente, este enmascaramiento el que hace difícil el reconocerlas.

En este breve ensayo nos proponemos sacar a luz algunos de esos elementos y demostrar hasta donde sea posible su persistencia y su importancia como modeladores de las condiciones actuales. No tratamos ni siquiera de esbozar el conjunto de los elementos prehistóricos que conforman nuestra identidad puesto que la carencia de investigaciones en este sentido hace aún impráctica la tarea; sólo intentamos incursionar en un campo que no obstante consideramos excepcionalmente rico.

No pretendemos ser sistemáticos puesto que el tema es todavía muy nuevo y es, a la vez muy amplio. En desarrollo de la idea de la continuidad de lo prehispánico hasta nuestros días tocaremos superficialmente temas tan dispares como el de la diversidad regional, los patrones de vivienda y los mercados locales de intercambio. Todos tienen en común, sin embargo, el que forman parte reconocida de la vida nacional y que sus orígenes no se encuentran en las influencias española o africana.

La heterogeneidad misma del país es el más claro reflejo de la vigencia que tiene aún el sustrato indígena prehispánico. ¿Qué hace que los grupos regionales presenten características propias tan marcadas y tan diferentes incluso después de muchos años de intercomunicación, de migración y desplazamientos de población y de uniformización de las normas educativas? Es difícil, por no decir absurdo, sostener que las diferencias regionales se deben a las particulares condiciones geográficas y climáticas de cada zona. Jamás se ha sabido que un paisaje y un clima determinados generen en grupos humanos formas específicas de uso del lenguaje, de parentesco, folclor y rasgos físicos. Buscando los orígenes de la división del país en regiones es casi inevitable llegar a la comparación de los espacios que habitaron los grupos indígenas y los que hoy ocupan los grupos regionales. La superposición de los mapas correspondientes a los territorios indígenas del Siglo XVI y los grupos regionales actuales presenta coincidencias tan numerosas y exactas que es difícil negar que la continuidad es en este respecto un factor estructural más fuerte incluso que la suma de todos los restantes. Es lo indígena prehispánico lo que determina, aún después de cinco siglos, hasta donde se extiende cada grupo regional. Salvo expansiones y colonizaciones relativamente recientes y escasas es válido decir que los nariñenses ocupan los territorios Pasto y Quillacinga, los Tolimenses y Huilenses el

territorio Pijao-Panche, los Cundiboyacenses el territorio Muisca, los Santandereanos, los territorios Guane y Chitarero, etc.

La cuestión es tan fuerte aún, que inclusive los límites políticos internos de las regiones tienen que ver con lo prehispánico: el límite entre los territorios del Zipazgo y el Zacasgo en la zona Muisca es en esencia el mismo que hay hoy entre los Departamentos de Cundinamarca y Boyacá. En el otro sentido también es posible rastrear la influencia de lo prehispánico. En el siglo XVI la cordillera oriental estuvo habitada casi en su totalidad por etnias pertenecientes a la familia lingüística Chibcha y, que por lo tanto estaban emparentadas entre sí y compartían muchos rasgos comunes. Estas etnias constituyeron el sustrato indígena de los grandes grupos regionales; los cundiboyacenses y los santandereanos. No es aventurado decir que el parentesco todavía es evidente; los dos grupos forman un macroconjunto que comparte muchos elementos comunes, a la vez que se diferencia más radicalmente de grupos vecinos cuyo sustrato indígena perteneció a familias lingüísticas distintas como los tolimenses o llaneros, por ejemplo.

Uno podría sentirse tentado inclusive a explorar en el aspecto territorial en aquellos casos en que no se encuentran coincidencias entre lo prehispánico y lo actual. El caso del Valle Medio del Río Cauca ilustra este punto claramente; allí sería inútil buscar coincidencias entre los territorios Quindío, Quimbaya, Anserma, Carrapa, etc. y las divisiones político-sociales actuales. Sin embargo el rasgo distintivo del área en épocas prehispánicas; particularismo político acentuado y fraccionamiento en pequeñas unidades autónomas, parece perdurar con notable fuerza aún hoy día.

Pero la cuestión no es meramente territorial sino que todo el conjunto de costumbres, formas de vida y aún rasgos físicos de cada grupo regional tiene sus raíces profundas por lo menos parcialmente en los grupos indígenas prehispánicos. Aun cuando esto sea rigurosamente cierto, el hecho de que estas relaciones no estén aún bien estudiadas ni para los grupos prehispánicos ni para los actuales, hace que en desarrollo de la idea se toque terreno movedizo especialmente cuando se tratan temas tan complejos y delicados como el de la psiquis colectiva. Pero al ir identificando elementos aislados cuya continuidad se pueda probar se va despejando el campo gradualmente.

A un nivel muy general el mayor o menor grado de desarrollo relativo que cada región presenta parece tener mucha relación con el estadio de desarrollo del grupo prehispánico que está en su sustrato

y también con la forma específica en que se articularon las economías indígena y española en cada caso. Uno podría preguntarse por qué, por ejemplo, el foco de mayor desarrollo y centro de la administración española en la Nueva Granada no se situó en el litoral o por lo menos cerca de él obviando de esta forma las colosales dificultades de comunicación con la metrópoli. Santa Fe de Bogotá y Ciudad de México son las excepciones al patrón aplicado por los españoles que situó a las capitales virreinales en áreas de litoral o muy cerca de ellas. En nuestro caso este papel le hubiese correspondido tal vez a Cartagena o Santa Marta si no hubiera sido por el hecho de que el área Muisca presentaba mayor riqueza productiva, la más alta densidad de población y un sistema de dominación y tributo que permitía la inserción de los sistemas de explotación española.

En muchas regiones del país la situación general actual es derivada en forma tan directa y precisa de las condiciones anteriores y contemporáneas a la conquista que ni siquiera un siglo y medio de expansión del capitalismo, ni las más elevadas inversiones públicas han podido cambiar significativamente el panorama. En la Sierra Nevada de Santa Marta las grandes ciudades y sus satélites funcionaban como entes políticamente autónomos aun cuando toda la región fuera étnicamente uniforme y estuviera densamente interconectada por redes de caminos. No existía antes de la conquista una autoridad superior reconocida y aceptada en la zona y en consecuencia fueron infructuosos los diversos intentos de los españoles para implantarla; fracasaron las encomiendas y reducciones y la guerra a muerte que duró un siglo determinó que los indígenas abandonaran ciudades, cultivos y caminos. Como consecuencia de ello la Sierra se deshabitó y cubrió de selva; esa es hasta ahora la situación que predomina.

En contraste las tierras que desde la Colonia fueron agrícolamente productivas y que hasta hoy llevan el grueso del peso del abastecimiento de alimentos básicos son aquellas que antes de la Conquista habían sido adecuadas por los indígenas en áreas donde se logró una forma de coexistencia que permitió la supervivencia del aparato productivo prehispánico. Las tierras que a lo largo de los dos últimos siglos se han incorporado a la producción se han dedicado en su inmensa mayoría a la ganadería extensiva³; en esencia se continúa produciendo alimentos agrícolas en las mismas zonas en que se hacía en el Siglo XVI.

Aún subsiste la polémica sobre si la Colonia puede estrictamente caracterizarse o no como un modo de producción específico; como quie-

3. Ver la "Crisis Agraria en Colombia" de Santiago Perry.

ra que sea, lo cierto es que la base del sistema fue en esencia la economía indígena y no la española. Todavía hoy la expansión capitalista no ha borrado esas profundas huellas en su totalidad; es el caso, por ejemplo, de las trabas que se oponen a la separación de los individuos de sus condiciones objetivas de producción; trabas que se derivan del modo de producción comunitario indígena y que frenan el surgimiento de un proletariado y la consecuente expansión capitalista en el agro colombiano.

Ninguna de las sociedades indígenas de nuestro territorio alcanzó antes de la conquista el nivel de la división en clases sociales. La existencia de grupos dominantes que canalizaban y redistribuían el tributo dejó intacta la forma comunal de propiedad de la tierra, no se llegó a separar al individuo de sus condiciones objetivas de producción. Este factor fue tan fuerte en el Siglo XVI que obligó a los españoles a buscar instituciones al interior de las cuales no se alterara la propiedad comunitaria. El resguardo y la encomienda cumplieron esta función a la par que permitían la explotación de las comunidades en su conjunto.

Durante la Colonia y especialmente con el advenimiento de la República y el consiguiente auge del librecambismo y las doctrinas liberales las instituciones que permitían a las comunidades poseer colectivamente tierras se fueron resquebrajando y llegaron a desaparecer en muchas zonas. Pero a lo largo de estos siglos continuó la lucha del indígena por la tierra⁴, aún en épocas muy recientes se han dado cruzadas tan significativas como la de Quintín Lame. Lentamente el indio en lucha se convirtió en campesino y en la medida en que los resguardos se redujeron y disolvieron se empezó a luchar por la propiedad individual de pequeñas parcelas. El minifundio y la pequeña propiedad de nuestros días se derivan de ese proceso y actúan hoy como trabas formidables para la implementación de técnicas agrícolas modernas, el establecimiento de empresas capitalistas modernas y la expansión de la economía de mercado.

En otros casos particulares las cambiantes condiciones económicas han ido desterrando los vestigios de la economía indígena. La competencia de la industria textil antioqueña llevó a la quiebra a las pequeñas industrias tradicionales de Santander y Boyacá que se habían formado sobre la base de la experiencia y organización textil artesanal de Guanes y Muisca y que abastecieron a medio país durante la Colonia y principios de la República. Con todo, si estos departamentos tie-

4. Ver "El Indio en Lucha por la Tierra" de Juan Friede.

nen hoy alguna tradición industrial tal vez se lo deban en parte a estas pequeñas industrias hoy desaparecidas. Otra industria artesanal en vías de extinción; la alfarería guarda raíces indígenas tan hondas que incluso muchos centros actuales de producción se localizan en los mismos lugares en que se encontraban los talleres prehispánicos, tal es el caso de Ráquira, Sutamarchán, Tinjacá, etc.

La tendencia urbana, acelerada a partir de la década de los cincuenta y que hoy se expresa en altísimas tasas de migración rural no ha hecho desaparecer aún uno de los rasgos más característicos de los campos colombianos, el patrón de vivienda disperso. En el área andina colombiana sigue siendo característico que dentro de cada municipio la cabecera sólo congregue una parte de la población mientras que el resto se reparte en las veredas en pequeños caseríos y viviendas aisladas. Esta es una situación muy diferente a la europea en la cual la población se concentra en núcleos situados hacia el centro de las tierras de labranza y ciertamente no se deriva de la política colonial que consistía en reunir a los indígenas en pueblos. En cambio la vivienda dispersa era la norma entre muchos grupos prehispánicos: en el área Muisca, por ejemplo, cada pueblo de los que era gobernado por un cacique y que los españoles denominaron como tal se subdividía en varias capitánías, cada capitanía se subdividía en partes y estas a la vez en utas; parece ser que las subdivisiones funcionaban incluso a nivel territorial⁵ de tal manera que un pueblo estaba en realidad conformado por varios pequeños grupos de viviendas repartidos en un área extensa. Una investigación preliminar arqueológica y etnohistórica del Alto Valle de Tenza parece sugerir que el número de pequeños sitios de vivienda en la región puede ser por lo menos diez veces superior al de los pueblos propiamente dichos de que nos hablan las crónicas españolas. Y la situación no parece, en forma alguna, ser exclusiva de la zona Muisca; algo parecido ocurrió en las áreas Guane, Lache y Chitarero de la cordillera oriental, en varias regiones del valle medio del Río Cauca, en Nariño y en general en todas las zonas del país en las que aún la vivienda dispersa constituye un elemento notable de la geografía humana.

Relacionada con el patrón disperso de habitación existió en tiempos prehispánicos la costumbre de que las aldeas o grupos de parentesco poseyeran y labraran no una sola parcela sino dos o más. En esta forma era posible controlar pisos térmicos diferentes y se accedía, por lo tan-

5. Ver "Los Chibcha: Organización Socio Política" de Silvia Broadbent y "Herencia y Parentesco entre los Muisca" de Villamarín y Villamarín.

to, a una mayor variedad de recursos agrícolas⁶. También los españoles combatieron drásticamente esta forma de labranza dispersa que confundía la delimitación de propiedades y que conjuraba contra la reducción de los indígenas a pueblos. Más adelante, cuando la tierra se convirtió definitivamente en un objeto de compraventa, y cuando la conservación o adquisición de una parcela, no digamos de varias, se volvió un problema económico grave para el campesino el sistema degeneró aún más. Sin embargo, aún hoy la costumbre de poseer varias fincas medianas, por contraposición a la posesión de una única propiedad extensa, tiene algún arraigo entre el campesinado medio y rico. Por supuesto la base fundamental de la verticalidad ha desaparecido casi completamente, contribuyendo a que el sistema presente cada vez menos ventajas económicas, lo cual hace aún más notable su persistencia.

La costumbre campesina de celebrar los mercados locales en un día específico de la semana conservando esta periodicidad durante todo el año tiene también origen en una práctica prehispánica. Los cronistas españoles nos cuentan como los Muisca celebraban mercados periódicos en todos los pueblos, aún en los más pequeños. Existían, no obstante, centros especiales como Sorocotá cuyo mercado congregaba a los habitantes de muchos pueblos vecinos e incluso a mercaderes de otras etnias como Guane, Lache y Chitarero. La introducción del calendario europeo convirtió la costumbre en semanal pero los mercados continuaron conservando su carácter de motores del intercambio local y regional y de eventos de afianzamiento y renovación de las relaciones sociales.

A un nivel más profundo de la estructura social, el asunto de la identidad o más bien de la diversidad de identidades se explica en gran medida por la composición de las clases sociales. No es erróneo afirmar que como regla general los españoles asentados en la Nueva Granada durante la Conquista y comienzos de la Colonia se incorporaron a la nueva formación social dentro de los estratos dominantes mientras que los indígenas lo hicieron dentro de los estratos dominados. Hubo por supuesto cierto grado de mestizaje, pero en la mayoría de los casos los mestizos no entraron a formar parte de las clases dominantes, en especial porque su origen fue por lo general, espurio. Si existía en Colombia discriminación entre chapetones y criollos también existía con más fuerza la dis-

6. El Concepto de Verticalidad Desarrollado para los Andes Centrales por Murra se aplica en Colombia con el nombre de Microverticalidad por tratarse de un control sobre distancias relativamente cortas.

criminación entre los blancos, americanos o europeos, e indios. Con el tiempo y el transcurrir de la historia los descendientes de unos y otros grupos vinieron a conformar las actuales clases sociales y en un país donde la movilidad social es un factor tan reciente la composición de esas clases conserva un carácter étnico marcado.

En efecto, las condiciones económico-sociales durante la Colonia y la República fueron tan restrictivas que objetivamente era imposible que los indígenas pudieran acceder a la propiedad de medios de producción y a la explotación de los blancos. Si se configuró la explotación de indígenas por indígenas fue siempre dentro del marco de la existencia de explotadores blancos para quienes los explotadores indígenas actuaban como agentes de clase. Por otro lado, aun cuando existieran blancos explotados para ellos siempre existió la posibilidad de convertirse así mismo en agentes de clase, escapando finalmente al último escalón del sistema, el cual, se reservó solo para indios y negros.

Naturalmente se han dado casos en los cuales individuos con sustrato étnico indígena han llegado a situarse en posiciones de riqueza y poder comparables o superiores a los de los miembros blancos de la clase dominante, pero son tan escasos y por ello mismo tan señalados que en nada han alterado el patrón general. Sólo recientemente se está dando un proceso, el del dinero nuevo originado en actividades de contrabando o tráfico ilícito de esmeraldas y drogas, que amenaza con cambiar significativamente la situación. Aún es muy pronto para saberlo pero puede ser que el ascenso de una masa considerable de familias a posiciones de riqueza y poder altere en algún grado el carácter uniétnico de la clase dominante colombiana. Sería tan sólo la aplicación de la lógica inherente al capitalismo que postula el dominio del dinero, pero sería a la vez una ruptura importante de una continuidad histórica notable.

Todo lo anterior explica en buena medida el porque las barreras que separan a las clases en Colombia no se refieren meramente a su posición dentro del proceso productivo sino que abarcan los aspectos de lengua, folclor, creencias, normas, patrones, actitudes e incluso fenotipo. Si los indígenas que sobrevivieron a la catástrofe vinieron con el tiempo a convertirse en campesinos y proletarios entonces no debe extrañarnos la práctica tan común entre las clases altas de utilizar los términos de "indios" e "Indiamenta" para referirse despectivamente a las clases dominadas. Desde el otro lado también los terratenientes en algunas regiones como el Sinú se conocen entre los campesinos como

“blancos”. Esta situación que hace de las clases sociales a la vez grupos étnicos pone de manifiesto cuan falso es el mito que sostiene que en Colombia los conflictos raciales son prácticamente inexistentes.

Existen también sucesos o cadenas de sucesos que por su extensión y profundidad marcan a generaciones enteras y dejan huellas imborrables que, se quiera o no, entran a formar parte de la identidad nacional. Seguramente entre los más notables está el fenómeno de la violencia; y dentro de nuestra línea de análisis intentamos una incursión en las raíces prehispánicas de algunos elementos estructurales del conflicto. No pretendemos, como lo hacía un distinguido siquiátra, ligar mecánicamente la violencia que se daba entre los Pijao en el Siglo XVI con el fenómeno moderno del Tolima⁷. Pero existen, no obstante, algunos elementos que merecen un segundo debate. Revisando lo que Guzmán Campos⁸ denomina la geografía de la violencia se hace evidente que con excepción de Nariño y sur del Cauca el conflicto fue más intenso precisamente en aquellas zonas que presentan una proporción más alta de población indígena y mestiza, mientras que el impacto fue notablemente menor donde el negro es el elemento étnico mayoritario. Especular sobre los elementos que en la conciencia colectiva puedan estar influyendo aún después de más de cuatro siglos es algo que no corresponde a un prehistoriador y, sin embargo, uno se siente tentado a señalar que los efectos de la primera gran ola de violencia que vivió el país durante la conquista no han desaparecido del todo.

La guerra y la violencia han hecho parte de la historia de nuestro país desde el principio mismo del poblamiento. A medida que la agricultura se convirtió en la principal forma de producción se hizo necesario que cada grupo y cada etnia conquistara y defendiera las tierras y fuentes de agua que constituían sus condiciones objetivas de producción. La guerra fue en tiempos prehispánicos una institución importante; permitía el acceso a recursos no disponibles dentro de los territorios de las etnias, fortalecía la unidad política de los grupos y afianzaba los lazos de parentesco, religiosos y sociales de las comunidades. De ella nos dieron los españoles el cuadro más macabro que se pueda imaginar; hordas de salvajes devorando en plena batalla los cuerpos aún calientes de sus enemigos, saqueo, incendio, destrucción y sevicia, todo según los cro-

7. Esta referencia la hace Socarrás y es citado por Fals Borda en “La Violencia en Colombia”.

8. “La Violencia en Colombia” de Campos, Umaña Luna y Fals Borda.

nistas castellanos repetido días tras día en las comarcas inhóspitas de la Nueva Granada. Sin embargo, a medida que se profundiza en los estudios etnohistóricos, ese cuadro absurdo, desproporcionado y tergiversado se desmorona más y más.

Lo que está claro ahora es que la guerra prehispánica no producía efectos tan devastadores; había muertos por centenares y destrucción pero la estructura social de los grupos en conflicto y su territorio mismo, salvo contadas excepciones, permanecía intacto. Etnias tradicionalmente rivales como los Muisca y los Panche lucharon por siglos sin que ni unos ni otros amenazaran extinción y sin que entre ellos se suspendieran las relaciones de comercio. Entre las grandes ciudades de la Sierra Nevada de Santa Marta existían luchas incesantes y sin embargo todas ellas florecían según testimoniaron los españoles mismos.

Pero la violencia que trajeron los conquistadores fue algo distinto. Para las áreas que cuentan con datos demográficos se registran descensos en la población de hasta un 90% en el lapso de un siglo de dominio colonial. Lo poco que pudiera quedar de la estructura social se quebrantó mediante el desalojo de los territorios, la prohibición de la práctica de las costumbres tradicionales y la explotación económica. Es fácil imaginar las secuelas que este tipo de catástrofes pueden dejar en sociedades donde el individuo sólo existe en cuanto miembro de una comunidad; al desaparecer la estructura comunitaria dentro de la cual se producía y reproducía la vida material y que proporcionaba a los individuos todas sus normas de comportamiento y valores quedó una masa desarticulada que desde entonces ha sobrevivido más por instinto animal que en virtud de objetivos sociales compartidos. Estos indígenas desarraigados fueron la base del campesinado colombiano y entre ellos vino a prender la violencia cuatro siglos más tarde.

Ninguna explicación parcial de la violencia es suficiente, ni las que señalan factores económicos, políticos, religiosos, etc., y no queremos decir que la lucha étnica sea la causa última, pero estamos firmemente convencidos de que debe agregarse a la lista de factores que desencadenaron el problema. Si se quieren elementos más concretos podría citarse, a manera de ejemplo, el hecho de cómo las tácticas, la organización, las normas y las manifestaciones culturales de los grupos guerrilleros reproducen las de los guerreros indígenas que enfrentaron a los conquistadores españoles. Si se quiere algo más podría recordarse la práctica de reclutar bandas de asesinos en determinadas regiones y enviarlos a otras a luchar, una maniobra que aprovechaba y revivía las antiguas rivalidades entre etnias indígenas prehispánicas.

Pero en donde es más evidente el hecho de que tras la violencia colombiana hay un factor de descomposición social, una profunda patología de raíces muy antiguas, es en su carácter mismo. La tanatomanía, tan ampliamente conocida, el genocidio, la barbarie llevada a los extremos más absurdos casi no tiene parangón en otras partes del mundo, y a menos que pensemos que hay hombres inherentemente malvados y que entre nosotros abundan, la única posibilidad de explicación plausible tiene que arrancar desde la prehistoria.

Y ligado con la violencia está, por supuesto, el aspecto del manejo político del país. Incluso antes de que Gaitán lo expresara públicamente era claro que entre las clases populares, en especial entre el campesinado, la diferencia de partido político nada tenía que ver con una escogencia consciente de doctrinas y teorías sino que se debía, entre otras cosas, a la acción continuada de un tipo de personaje al servicio de uno y otro partido; el cacique. El apelativo mismo de estos personajes es muy sugestivo, pero estaremos de acuerdo en que por sí solo no es prueba de nada. No obstante la historia política de las pequeñas comunidades rurales sugiere que entre los caciques indígenas y los políticos sí existe cierta continuidad. Según sabemos incluso hasta principios del Siglo XIX subsistían caciques indígenas en muchas comunidades ejerciendo algún grado de autoridad. La progresiva disolución de los resguardos, la pérdida de identidad indígena y los cambios económicos determinaron la desaparición de los caciques pero al tiempo se fueron estructurando los partidos políticos y se consolidó la posición de ciertos individuos económicamente preeminentes en los pueblos. Estos nuevos caciques vinieron a llenar el vacío de poder dejado por los anteriores y es probable que si los primeros no hubieran existido los actuales tampoco hubieran llegado a adquirir ese carácter.

El sincretismo entre las religiones indígenas y la religión católica que hoy tiene su expresión y sus exponentes entre los cientos de brujos y milagreros, es otra prueba palpable de la vigencia de lo prehispánico. Los encomenderos, misioneros, doctrineros y aún burócratas españoles mostraron una rigidez especial en la represión de las creencias religiosas y mágicas indígenas; se quemaron los santuarios, se prohibieron las ceremonias y se castigó a horca y fuego a los contraventores. La Iglesia Católica asentó sus reales y conquistó, por las buenas o las malas, las conciencias indígenas. Pero en el proceso perdió su pureza y se fundió con los restos de las religiones indígenas. Hoy la religión católica es en Colombia algo muy particular; el monoteísmo es una fórmula prácticamente vacía, pululan, en realidad las pequeñas divinidades de todo tipo,

los líderes sindicales muertos que consiguen empleos, los médicos-almas que entran por las noches a operar a los desahuciados y tantos otros que como las antiguas divinidades de los indígenas prestan todos los servicios que requiere la miseria. El fetichismo y la idolatría, tan fuertemente condenados por la Iglesia oficial, son otras supervivencias prehispánicas; los amuletos, por citar un ejemplo, son tan numerosos y utilizados hoy como lo eran hace cinco siglos. En otros casos tan sólo se han substituido unos objetos por otros; ya no se ofrendan tunjos de oro y esmeraldas en las cuevas de montaña pero sí se siguen ofreciendo faros de automóvil y stops en las carreteras peligrosas.

En algunos aspectos la Iglesia ha logrado cubrir las apariencias; la manía de crear santuarios es todavía muy fuerte y no faltan las apariciones y los milagros para que surjan y se popularicen: antes de permitir que los santuarios no oficiales compitan con las iglesias se ha optado para construir una allí donde va surgiendo el santuario, de esta forma eventualmente el edificio oficialmente aprobado se convierte en el centro de atención del lugar. Resulta curioso que en contraste muy pocas iglesias previamente construidas se conviertan en santuarios populares.

El curanderismo y la medicina tradicional tiene raíces indígenas prehispánicas que es sumamente sencillo trazar. En pleno 1984 en términos cuantitativos absolutos la forma más difundida de medicina en Colombia es el curanderismo en sus diferentes variedades. Hay en muchas áreas, especialmente en zonas rurales un rechazo frontal y enérgico frente al uso de técnicas médicas modernas y aún para los casos más críticos y urgentes, como las mordeduras de serpiente se prefieren las hierbas y los rezos a la inyección de antídotos. Las prácticas, las ceremonias y los emplastos y bebedizos usados hoy fueron descritos por los cronistas cuando en el Siglo XVI tuvieron contacto con las comunidades indígenas.

Y como estos podrían citarse mil elementos más cuya continuidad a partir de la prehistoria configura una parte bien importante de la identidad nacional; las prácticas alimenticias, los sistemas agrícolas, la vivienda y la arquitectura rural, el vestido campesino, la música, las danzas y el folclor e inclusive aspectos como las normas sobre roles de hombres y mujeres dentro de la familia y en el trabajo.

Aún para quienes creen tener en la España católica y monárquica su cuna y ven en ella su norte y guía se trata de parte muy vasta de la identidad nacional; y si consideramos, como hizo uno de nuestros es-

critores recientemente galardonados, que se trata del legado de sociedades decadentes, entonces esa decadencia también hace parte de nosotros mismos. Pero mejor haríamos en emprender un esfuerzo por comprender todo ese legado en términos científicos y no con criterios valorativos tan faltos de sentido.

La comparación por la que se ha intentado explicar los cambios en los hábitos de los colombianos, por ejemplo, por el uso de los cigarrillos, es un ejemplo de un tipo de razonamiento que no tiene en cuenta los factores que intervienen en la conducta humana. El hecho de que los colombianos hayan aumentado el consumo de cigarrillos no es un fenómeno aislado, sino que forma parte de un conjunto de cambios que se están produciendo en la sociedad colombiana. Estos cambios son el resultado de un proceso de modernización que está afectando a toda la sociedad. El consumo de cigarrillos es solo uno de los aspectos de este proceso. Otros aspectos son el aumento de la escolaridad, el aumento de la esperanza de vida, el aumento de la producción industrial, etc. Todos estos cambios están relacionados entre sí y forman parte de un mismo proceso de transformación social.

Hoy en día, cuando se habla de la medicina tradicional, se suele pensar en remedios caseros y en prácticas que se transmiten de generación en generación. Sin embargo, la medicina tradicional es mucho más compleja de lo que se suele pensar. Incluye una gran variedad de prácticas que han sido utilizadas durante siglos. Algunas de estas prácticas son muy efectivas y han sido reconocidas por la ciencia moderna. Otras, en cambio, no tienen base científica alguna. La medicina tradicional es un campo que merece ser estudiado con seriedad y respeto. No se trata de algo que pertenece al pasado, sino que sigue siendo una parte importante de la cultura y la salud de muchas comunidades. En Colombia, la medicina tradicional ha sido reconocida como una parte importante del patrimonio cultural. Esto es un paso importante para valorar y preservar estas prácticas que han sido utilizadas durante siglos. Sin embargo, también es importante que se realicen estudios científicos para determinar cuáles de estas prácticas son efectivas y cuáles no. Solo así podremos aprovechar al máximo los beneficios de la medicina tradicional y descartar los riesgos de las prácticas que no tienen base científica.